

CUENTOS EUSKAROS



GORRIYA Y MARIACHO

(A MI QUERIDO AMIGO MANUEL DE GAMINDE)

Nadie podía convencer á *Gorriya*. Hacia tiempo que una idea fija le atormentaba sin cesar: queria dejar su pueblo y marchar á América en busca de un tesoro, un tesoro como el que de lejanas tierras habia traído *Tomás jauna*, quien, de pobre que habia ido, volvió hecho un ricachon, y de mísero *mutilla* que era, viviendo como los gorriones sin casa ni hogar, era ahora todo un *echeko jauna* con tierras, caseríos y ganados, el más ricacho, en fin, del pueblo.

La culpa de la obcecacion de *Gorriya* la tenia el *jauna*.

—No tengas miedo, muchacho—le decia—de un salto se pasa el charco y ya en la otra orilla te harás pronto rico, pero antes, hay que ser muy pobre, mucho...

—¿Más que lo soy ahora?—respondia él.

—Quiero decirte que allí tienes que trabajar mucho, comer poco y gastar ménos; quince ó veinte años de privaciones te harán rico....

Gorriya se prometia á sí mismo ser muy sufrido, ya que á tan poca costa podía reunir su deseado tesoro.

Pero habia un inconveniente.

—¡Ay *Tomás jauna!*— decia, medio llorando—¡me da tanta pena dejar sola á mi pobre madre, ya tan vieja; no ver más mi caserío, ni mis vacas, ni mi perro, ni mi Mariacho que me quiere tanto, que solo

el pensarlo me da una pena!...—y no pudo acabar porque empezó á llorar como un niño.

Tomás *jauna* soltó una carcajada burlona.

—¿Y tú eres hombre?—le dijo, remedando el tono lastimoso del pobre muchacho—¿y tú quieres ir á América? ¿y tú quieres ser rico? ¡quíá! los que tienen esos remilgos se quedan en Guipúzcoa á cuidar las coles del huerto.

Viéndose humillado, *Gorriya* repuso con energía:

—Tiene V. razon; seré hombre, lo olvidaré todo, todo, hasta... mi madre—é hizo grandes esfuerzos para reprimir las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, como si quisieran testificar que cuanto habia dicho no lo sentía en el fondo de su alma.

Aquel día volvió *Gorriya* á su caserío, presa de una lucha terrible: el recuerdo de cuanto tenia que abandonar en su querido pueblo y la ambicion de ser un *jauna* con reloj de oro, anchos pantalones de paño y un gran sombrero de señorito.

¿Cuál de los dos sentimientos vencerá?

II

¿Cuál? La ambicion, porque el hombre le ayudó en la lucha, y los demás sentimientos, solos, abandonados, los fué arrinconando en lo más oculto del alma. ¿Qué habian podido las lágrimas de su madre? nada, porque la desdichada no hacia más que llorar, y *Gorriya* necesitaba razones, y no lágrimas, para que desistiese de su viaje.

El viaje, pues, estaba ya decidido. Era el último domingo que *Gorriya* debia pasar en su pueblo, cuando nosotros le vimos. ¡Qué cortas eran para él las horas; habia pasado ya medio día sin saber cómo! Llegó la hora del baile, en la plaza del pueblo. ¡El baile! la diversion favorita de *Gorriya*, ¡y más desde que *Mariacho* le queria! ¡cuántos recuerdos, cuántas emociones sintió al son del zortzico, mirándose en los ojos de su novia, viendo su cuerpo garrido balancearse de un lado á otro mientras le sonreía cariñosamente! aquello no podia olvidarlo nunca.

Así fué que cuando el tamboril empezó á tocar, *Gorriya* creyó que el corazon iba á saltársele del pecho de tanta emocion como sentia; á

punto de romper á llorar, no sé si de alegría ó de tristeza, se acercó al grupo de las muchachas para sacar á bailar á *Mariacho*. Esta, en vez de bailar, le cogió de la mano, y alejándose del animado cuadro que formaban los mozos en medio de la plaza, le hizo sentar á su lado, y mirándole sériamente le preguntó:

—¿Al fin te marchas, *Gorriya*?

Despues de muchas vacilaciones, como si la pregunta fuese una acusacion, respondió.

—Sí, *Mariacho*, á hacerme rico y *jauna* y tener muchos caseríos.

Mariacho soltó una franca carcajada, una de esas carcajadas sonoras y burlonas que dejan al hombre atónito y avergonzado cuando no recibe más que esa contestacion.

—¡Rico!—le decia—¿por hacerte rico vas á dejar tu tierra, este valle tan verde, tan fresco, esos montes tan altos y sombríos, esos bosques tan profundos llenos de ruidos y riscos misteriosos? ¿no quieres estar ya aquí cuando el invierno entristece la tierra, cuando la deja desnuda y fría, cuando en medio del silencio van cubriéndose de blanco prados, bosques, montañas, y todo queda iluminado por una luz triste y cenicienta? Entonces tu madre sentada al fuego de la chimenea se acordará, llorando, de su hijo ingrato que la abandona con frío y hambre... porque la pobre es ya muy vieja para trabajar... Y á mí, ¿ya no me quieres? ¿Dónde, dónde encontrarás todo lo que dejas aquí? Allí tan lejos, cuando en las noches crudas del invierno el aire helado silbe lúgubrementemente por las calles tal vez te verás con hambre y sin casa y tendrás que cobijarte hambriento y triste en el quicio de una puerta... Entonces si sueñas, soñarás en tu madre, verás tu tierra, soñarás en el *kalku* de leche caliente que tu madre te daba por las noches, soñarás..... soñarás.....

—Basta, *Mariacho*—gritó como un loco—no, no me voy; quiero ser pobre.

—No, no eres pobre, *Gorriya*: eres más rico que lo que tú crees.

Y cogidos los dos de las manos fueron á bailar entre los jóvenes, *Gorriya* más contento que nunca y *Mariacho* llorando de alegría.

JOAQUÍN L. BARRERA.

Madrid, Junio de 1892.

